

cluirá, que dichos libros jamas han sufrido alteracion substancial. Los Judíos, lejos de alterarlos, insertando en ellos hechos de esta naturaleza, infaliblemente hubieran sido los primeros en borrarlos (1). Cuanto es mas odiosa esta doble prevaricacion; tanto es mas incomprensible que un falsario haya podido suponerla, sufrirla los sacerdotes, y creerla el pueblo.

Y así, resumiendo en pocas palabras lo que hemos expuesto sobre esta materia, debemos decir que suponiendo en nuestros padres algun conocimiento en la química; no formando ideas erradas en orden al tamaño del Becerro de oro, creyéndolo una estatua enorme, ni que era una obra acabada de escultura; recordando el carácter de los Israelitas, y las circunstancias en que se hallaban; y sobre todo ateniéndose al texto de la Escritura, sin añadirle ni quitarle nada: todos estos argumentos, que antes se tenían por formidables, se disiparán como humo.

Ved ahora, si es difícil responder á ellos; y convenid, en que mirariais con el mas alto desprecio á vuestros lectores, si los juzgarais capaces de dejarse alucinar con tales paralogismos. Qué, ¿habeis creído imponerles con los nombres famosos que les citais? Ignoramos las disposiciones que sobre este punto tendrán vuestros cristianos; pero por lo que respecta á los Hebreos, os podemos asegurar que pesan las autoridades, y leen los textos.

Somos etc.

(1) *Los primeros en borrarlos.* Esto lo hace mas creíble el partido que tomó el historiador Josepho, el cual no niega el hecho; pero por el temor de deshonor con esta relacion, á los ojos de los incircuncisos, al primero de nuestros pontífices, y á toda la nacion, no dudó el suprimirla en su Historia. *Aut.*

CARTA VI.

En que se responde á otro argumento sobre la adoracion del Becerro de oro, y la prevaricacion de Aaron.

¿No es cosa rara, que unos escritores, que á cada paso calumnian á nuestros padres, y que tan sin escrúpulo como sin fundamento les imputan hechos horrorosos, cuya idea hace estremecer, se resistan con obstinacion á creer que efectivamente cometieron un crimen, que refiere el mas antiguo de nuestros libros, y testifican todos nuestros monumentos?

Registrando algunos nuevos folletos, hemos encontrado en ellos otro argumento contra la adoracion del Becerro de oro y la prevaricacion de Aaron, tomado de los ruidosos milagros, de que los Hebreos habian sido tantas veces testigos, y Aaron, el cooperador con su hermano.

Este argumento, el único tal vez que se pueda oponer con alguna verosimilitud á estos dos hechos, y que se podria objetar tambien contra todas las prevaricaciones, que se refieren en el Pentateuco, nos ha parecido que merece se responda con alguna extension, y esto es lo que emprendemos en la presente carta. Es cosa humillante para los hijos, tener que probar otra vez que sus padres cometieron un crimen: mas todo cederá en nuestros corazones al amor de la verdad; y cueste lo que nos costare, continuaremos tributándole este triste homenaje.

¿Es posible, dicen, y se puede concebir que Aaron y los Hebreos, despues de los señalados milagros de

*que acababan de ser, unos testigos, y otro el cooperador, hayan prostituido sus incienso á un ídolo vano?*

Es preciso confesar, que esta infidelidad, como otras muchas, de que nuestros padres se hicieron culpables, es sorprendente, y que supone en este pueblo una indocilidad de espíritu y una dureza de corazón poco comunes. Asi es, que los libros de Moisés estan llenos de vivas y amargas reprensiones, que no cesaba de hacerles. ¿Mas en qué se fundan estos *folletistas* para tenerla por imposible?

Seguramente juzgan por su corazón el de nuestros padres; pero en esto se hacen injuria á sí mismos, porque ellos son hombres cultos é ilustrados, y los Hebreos eran *ignorantes y bárbaros*.

Ademas ¿pueden responder de su propio corazón? ¿Han calculado con exactitud todos los obstáculos, que podrian oponer á la eficacia de los milagros, la fragilidad natural al hombre, la furia de las pasiones, la ceguedad de los errores, los descarríos de una filosofía orgullosa, que sobre todo disputa, y todo lo somete á sus débiles luces?

¿Por qué razon la vista de algunos milagros habia de obrar en los Hebreos, lo que no obran en vuestros críticos, ni las maravillas, de que son testigos todos los dias, ni el grande espectáculo de la naturaleza, mas admirable y mas imponente á los ojos de los sabios, que un mar abierto, formando dos muros, que el agua manando de las rocas, y el Sinay retumbando con el sonido de la trompeta y el ruido de los truenos? Entren esos escritores dentro de sí mismos y preguntense si sus deseos han sido siempre puros y sus acciones inocentes. ¡Ah! llenos de ideas sublimes acerca de la santidad de la ley natu-

ral y de la obediencia debida al supremo legislador, el cual se las intima en el fondo de su corazón; testigos de sus obras maravillosas, y no respirando sino por un beneficio de su misericordia, se atreven á infringir sus órdenes. ¡Y estos no pueden comprender que los Hebreos las hayan violado despues de tantos milagros! Convergamos en que uno y otro es incomprensible, y por ambas partes igual la ceguedad.

No, ni los milagros mas estupendos, ni las maravillas mas grandes, fijan invariablemente al hombre en el bien. Todo depende de las disposiciones, en que se hallan los que los miran. Asi es, que entretanto que las almas buenas reconocen en ellos el dedo Omnipotente y los rasgos evidentes de su sabiduría y de su bondad; ¡cuantos espíritus falsos y presuntuosos no quieren ver en los prodigios mas que la obra del charlatanismo y superchería, del ciego acaso, ó de las combinaciones necesarias! ¡Cuantos otros groseros y distraídos, esclavos de la costumbre y de las pasiones, no los miran sino con una indiferencia estúpida, sin deducir de ellos cosa alguna para el arreglo de su vida; ó contradicen todos los dias por su conducta las consecuencias que habian sacado!

En fin, escritores que califican á los milagros de otros tantos absurdos, y que niegan no solamente la existencia, sino hasta su posibilidad, no nos parecen muy á propósito para decidir de su eficacia sobre el corazón de los hombres. Asi es, que *estos grandes enemigos de la revelacion* no estan de acuerdo entre sí sobre este punto, pues si unos estan persuadidos á que los milagros tendrian una fuerza irresistible, otros juzgan todo lo contrario. *Haz andar á los tullidos, dice uno de estos críticos, y hablar á los mudos; resucita á los muer-*

tos ; no por eso me inmutaré (1). Ved un hombre ciertamente muy persuadido de que se puede resistir á los milagros, y que probablemente no cederia á ellos. ¿Qué prueba hay de que entre los Hebreos no hubiese cabezas organizadas como la de este filósofo, que aun discurriendo mal, se confiáran mas, como él, de sus discursos que de sus mismos ojos?

Los prodigios obrados en favor de nuestros padres y á su vista, haciendo mas criminales sus prevaricaciones, no las hacian por esto ni imposibles ni superiores á nuestra inteligencia. Los milagros, lo mismo que las maravillas de la naturaleza, no subyugan la voluntad; y no por haberlos visto y ni aun por haberlos hecho, se deja de ser hombre, es decir, débil y pecador. ¿Es necesario que los Judíos se vean precisados á recordar estos principios á Cristianos? ¿Nos corresponde á nosotros enseñarles que Dios puede comunicar á los hombres su poder, sin quintarles su fragilidad?

Somos, etc.

(1) *No por eso me inmutaré.* Advertid la bella armonía que reina entre estos mis señores. *No se resistiria á los milagros,* dice uno; *yo no me inmutaria,* dice otro: asi es como se acuerdan estos sabios. Edit.

---

CARTA VII.

---

Si es increíble que los Israelitas, cerca del monte Sinay, hayan podido contribuir á las expensas de la construccion del Tabernáculo, y de las otras obras descritas en el Exodo.

¿Como es creíble, que el arte de grabar los caracteres y todas las demas, aun las de primera necesidad, hayan faltado á nuestros padres desde su arribo al monte Sinay, si, como se refiere en el Exodo, el Tabernáculo y las otras obras destinadas al culto se hicieron entonces? Esta dificultad se presenta tan naturalmente al entendimiento, que vuestros escritores no han podido dejar de objetársela, y procurar resolverla. Vamos á ver primero de que modo se la proponen, y despues examinaremos su respuesta; y si es tan increíble, como pretenden, que los Israelitas hayan estado en disposicion de suministrar lo necesario para los gastos de todas estas obras.

§ I. Que el modo con que esos criticos se proponen la objecion induce á error. Su equivocacion en órden á las columnas del Tabernáculo.

Decís, que si se objeta á estos escritores, que las columnas del Tabernáculo eran de bronce y los capiteles de plata maciza, responden, etc.

Decídes que se seren en, pues ninguno les objetará que las columnas del Tabernáculo eran de bronce. ¿Por qué? Por una razon muy sencilla; porque no lo eran. No, las columnas del Tabernáculo no eran de